
Tareas del desarrollo en la edad adulta

R. Zapata García, A. Cano Prous, J. Moyá Querejeta

Psiquis, 2002; 23 (5): 185-197

Resumen

Con el objetivo de mejorar la operatividad del constructo "tareas del desarrollo de la edad adulta", se revisan las tareas propuestas para esta edad por los autores más representativos del área evolutiva y del ciclo vital, se seleccionan y organizan según un mismo nivel de categorización, y se distribuyen de acuerdo con los periodos óptimos y el ámbito psicosocial de presentación. Los resultados configuran una red de tareas, transversalmente complementarias y longitudinalmente progresivas, que mejora, sin duda, la capacidad heurística y operativa del constructo para ser utilizado como guía y marco de la psicoterapia del adulto.

Palabras clave: Edad adulta. Tareas del desarrollo. Ciclo vital.

Abstract

Developmental tasks in adult life

Our goal is to improve the functionality of the construct "developmental tasks of adult life". We revised tasks for this age proposed by the most representative authors in the study of development and life span areas. We selected and organized by the same level of categorization, and distribute according to the optimum period and psychosocial background of presentation. The results configure a net of tasks, transversally complementary and longitudinally progressive, that improves the heuristic and operative capacity of the construct to be utilised as a guide and frame for adult psychotherapy.

Key words: Adult life. Development tasks. Life span. Life cycle.

Introducción

El término edad adulta no denota unos años definidos con precisión, sino que alude, más bien, a un proceso que tiene lugar en la mitad de la vida y que forma parte del proceso general de envejecimiento que avanza fisiológica, psicológica y socialmente desde el momento de la concepción. Generalmente, esta edad se considera como la cima, en la carrera que va desde la niñez y la juventud a la madurez; bien como un fin en sí misma —una época con sus propios problemas y realizaciones peculiares—, o bien como una época de transición y preparación para la vejez (1).

Desde un punto de vista psicosocial la adultez es, en la sociedad occidental, el estadio de la asunción plena de responsabilidades: procreación y cuidado de la familia, educación y transmisión de las pautas normativas de la sociedad, trabajo y producción en el sistema económico que nos caracteriza, dirección y gestión de la sociedad política, y búsqueda definitiva de elementos trascendentes que, dando coherencia a todas estas dimensiones, aporten sentido a la existencia.

Aunque con el final de la edad juvenil concluye el desarrollo propiamente dicho, el hombre sigue cambiando, corporal y psíquicamente. La edad madura es un proceso dinámico que incluye fenómenos de crecimiento y desarrollo y no simplemente transformaciones relacionadas con el declinar. Es cierto que en la edad adulta se alcanza, con la madurez psicofísica, un cierto equilibrio, pero no lo es menos que en esta edad se continúan produciendo cambios significativos —intelectuales, sociales y personales— de los que pueden deducirse renovadas tendencias, pautas y patrones evolutivos de comportamiento.

Estos patrones de desarrollo de la edad adulta siguen una evolución menos dependiente del paso del tiempo que los de etapas anteriores, y están más condicionados por las diversas experiencias de la persona. Por ello, también puede decirse que dichos cambios no suponen, en realidad, la aparición de nada nuevo sino la consolidación de lo que la persona ya tenía, en un perfilamiento cada vez más claro de la individualidad (2).

1.1 El ciclo vital: teorías fásicas del desarrollo

La investigación sobre el desarrollo humano se centraba, hasta hace muy poco tiempo, exclusivamente en la edad infantil y juvenil. Sobre la edad intermedia ha habido un cierto silencio y tan pocos estudios empíricos que los autores han recurrido para su descripción a formulaciones teóricas basa-

das en su experiencia clínica y en los pocos datos obtenidos de su propio trabajo. De hecho, se han realizado pocos estudios longitudinales de seguimiento sobre personas de edad intermedia y los capítulos sobre los años intermedios de la vida no han empezado a incluirse hasta hace poco en los tratados de psiquiatría.

Sin embargo, la edad intermedia está recibiendo ahora una mayor atención gracias, en parte, al aumento de las expectativas de vida y a las mayores posibilidades y oportunidades de realización que la mejora de la calidad de vida ha proporcionando a las personas de esta edad. Esto ha hecho que también los adultos, presionados por las diferencias generacionales y la modificación de las relaciones paternofiliales, hayan ido adquiriendo una mayor conciencia de sí mismos y de sus particularidades y planteando una demanda de orientación en sus transiciones vitales.

Ya en los años sesenta se registró un considerable aumento de interés por el desarrollo adulto. En 1950 Erickson (3) publicó *"Infancia y soledad"*, considerado en general el libro más influyente de ese periodo, que introdujo para muchos estudiosos el concepto de desarrollo a lo largo del ciclo vital y amplió la noción de los estadios evolutivos a la edad adulta. También Neugarten y colaboradores (4) contribuyeron al reconocimiento del desarrollo de la personalidad en la edad adulta. Sus investigaciones supusieron una aportación básica para la comprensión de los cambios evolutivos en la edad media, hasta entonces considerada un periodo estable.

La idea de ciclo vital sugiere la existencia de un orden subyacente al curso de la vida humana, desde la concepción a la vejez. Aunque cada vida individual es singular, todas atraviesan básicamente la misma secuencia. Esto tiene una importancia decisiva en la comprensión de la vida humana, ya que la significación de los sucesos y relaciones particulares va a estar muy influida por la fase del ciclo vital en la que ocurren (5).

Estas teorías fásicas del desarrollo proponen una secuencia progresiva de cambios cualitativos estructurales o funcionales como base para aclarar el modo en que las personas cambian a medida que pasan por los diferentes periodos de la vida. Durante dichos periodos habría momentos mejores o preferentes para que tuvieran lugar determinados acontecimientos.

Aunque la teoría de fases goza de cierto atractivo popular y de una comprobable utilidad heurística en el desarrollo temprano, en la edad adulta resulta mucho más difícil de medir. Por una parte, la reducción de pautas de conducta complejas a un número

limitado de parámetros se complica ya que a medida que las personas avanzan en el curso del ciclo vital, la situación se vuelve más compleja. Por otra, dado el creciente impacto del entorno y la mayor variación –o desviaciones más amplias– en las medidas psicológicas, fisiológicas y de otros órdenes, no es tan fácil como en el desarrollo temprano dilucidar los vínculos entre la fisiología y el desarrollo mental (1).

1.2 Tareas del desarrollo

La vida adulta, al contrario de lo que ocurre en la niñez o incluso en la adolescencia, está fundamentalmente marcada por acontecimientos sociales, por cambios en la estructura de los roles, por demandas y exigencias que emanan no tanto de las capacidades y/o características biológicas como de las consecuencias que se derivan de la asunción de importantes tareas sociales (6).

Tal vez por ello, muchos teóricos contemporáneos, sin abandonar la teoría de las etapas, desarrollaron el concepto de “tareas del desarrollo” (7). Dichas tareas del desarrollo se identifican con las respuestas psicológicas a las experiencias vitales más importantes –trabajo, paternidad, jubilación– que, como resultado de situaciones reales o consideraciones psicológicas, producen cambios intrapsíquicos en todas las personas de determinado grupo etario (8). Se han definido también como cambios sociales, en los ámbitos de la vida profesional y familiar (9), que se resumirían en la apropiación de aquellos roles requeridos para la ejecución de una serie de tareas: elección de..., aprendizaje de..., adaptación a... En definitiva, acciones y comportamientos que se deben manifestar, que se espera que manifiesten las personas que se encuentran en un estatus de edad concreto (6).

Dicho de otro modo, convertirse en adulto exige completar con éxito una serie de tareas del desarrollo, “tareas que surgen en cierto periodo de la vida del individuo, cuyo cumplimiento exitoso le lleva a la felicidad y al éxito en tareas posteriores, y cuyo fracaso produce la infelicidad del individuo, la desaprobación de la sociedad y la dificultad para cumplir tareas posteriores” (9).

1.3 Estado de la cuestión

En la actualidad, algunos investigadores continúan mostrándose escépticos ante los intentos de definir la vida adulta como una serie de tareas claramente delimitadas. La vida –vienen a decir– es demasiado compleja y la humanidad demasiado

diversa para compendiar los datos y las experiencias en simples enunciados. El “reloj social” –la receta cultural que indica “la edad apropiada” para dejar el hogar, empezar a trabajar, casarse, tener hijos y jubilarse– varía de una cultura a otra y de una época a otra.

Con todo, son también muchos los autores que, sin negar la dificultad que supone simplificar las edades de la vida por medio de polarizaciones hipotéticas de sus características, siguen utilizando el concepto de tareas del desarrollo y confirmando la utilidad clínica y el interés del constructo para la investigación empírica (10).

Aportaciones teóricas

Desde un punto de vista teórico, los esfuerzos han ido dirigidos a delimitar y caracterizar el constructo y a intentar explicar el origen de los cambios relacionados con la edad.

Respecto al constructo, se afirma, que cada periodo estable de la vida se caracteriza por unas ciertas tareas (tareas de desarrollo) y temas vitales –cruciales para la evolución de ese periodo–, y termina precisamente cuando dichas tareas pierden su primacía y aparecen otras nuevas que inician otro periodo. Los temas de dichas tareas tienen, en el desarrollo adulto, mayor dependencia ambiental, y, por lo tanto, mucha menor precisión cronológica o especificidad de fase, que los de la niñez (los márgenes de variación en cuanto al principio y el final de los periodos son mucho mayores).

En cuanto a la forma en que se generan las diferentes tareas a lo largo de las transiciones que tienen lugar en la vida, son básicamente tres las teorías que tratan de explicarla: el modelo de “niveles progresivos de integración”, el de “crisis normativas”, y el del “momento de ocurrencia de los sucesos”.

Para Colarusso (8) las interacciones biopsicosociales del desarrollo generarían niveles de organización sucesivos y cada vez más elevados. La secuencia empezaría por un “desafío del desarrollo”, como la necesidad de adquirir una nueva aptitud o revisar ciertos valores. Ese desafío crearía una “tensión del desarrollo” que actuaría como estímulo y produciría un “conflicto del desarrollo”, cuya resolución conduciría a un nuevo nivel de integración. El resultado final sería una “sensación acrecentada de sí mismo y de identidad”.

Para el modelo de “crisis normativas” (son normativas en tanto que son experimentadas por la gran mayoría de los miembros de una sociedad), es la secuencia definida de cambios biológicos, socia-

les y emocionales relacionados con la edad la que pronostica el "tiempo más adecuado" para que sucedan diversos hechos. Así, algunas crisis normativas tienen bases biológicas; la pubertad y la menopausia están determinadas por un "reloj biológico" que incluye un intervalo específico de edades generales.

Otras crisis normativas ocurren por normas sociales que definen lo que es apropiado para las personas a diversas edades. Cada sociedad establece un "margen cultural de las tareas", un "reloj social" que especifica el momento en que se supone que deben suceder los diversos acontecimientos y actividades vitales. Así, existiría una mejor edad para asistir a la universidad, para casarse, para empezar una vocación, para tener hijos, etc. (10). Cuando el individuo realiza las cosas antes o después de lo que la sociedad prescribe, es presionado para que se conforme a las expectativas.

También las crisis normativas están influenciadas por factores emocionales que condicionan la conducta. En este sentido, la persona debe estar emocionalmente preparada para hacer los cambios o para aceptar diversas responsabilidades —asistir a la universidad, casarse o convertirse en padres—; o, de lo contrario, se retrasará el momento de su aparición o los afrontarán en inferioridad de condiciones respecto a sus coetáneos.

Finalmente, para el modelo del "momento de ocurrencia de los sucesos", son los sucesos productores de cambio y el momento en que éstos tienen lugar (11, 12, 13) los que dirigen, favorecen o entorpecen, la emergencia de las transiciones vitales. Algunos de estos hechos son normativos, mientras que otros —los que suelen resultar más importantes para el desarrollo de la persona— son idiosincrásicos. Así, el momento de la vida de las personas en que tienen lugar ciertos sucesos importantes (encontrar trabajo, salir del hogar paterno, enamorarse, jubilarse, etc.) puede dar lugar a una gran variación —adelanto o retraso— en la aparición y desarrollo de las crisis normativas y de las tareas del desarrollo (11).

Apoyos empíricos al constructo

Desde el punto de vista empírico las aportaciones más significativas sobre tareas del desarrollo de la edad adulta han sido los estudios, ya clásicos, de Gould, Levinson, Vaillant y Neugarten.

Roger Gould (14, 15), psiquiatra, fue el primero en abordar el tema en un trabajo descriptivo de las observaciones transversales realizadas durante meses en pacientes psiquiátricos externos. En un

segundo estudio basó sus aportaciones en las respuestas a un cuestionario, dadas por 524 adultos, de clase media, que no recibían psicoterapia.

Daniel Levinson (16, 17), psicólogo social y profesor de Yale, y sus colaboradores realizaron, durante varios años, un estudio transversal de una población constituida por 40 hombres, de entre 35 y 45 años de edad. Los sujetos fueron divididos en cuatro grupos: 10 obreros, 10 doctores en biología, 10 novelistas y 10 ejecutivos de dos compañías. De los 40 hombres, el 70% había terminado la universidad, todos se habían casado al menos una vez, el 20% se había divorciado, el 80% tenía hijos y el 50% era protestante. Los sujetos fueron entrevistados semanalmente durante varios meses, y posteriormente, a los dos años, se les realizó una entrevista de seguimiento.

George Vaillant (18, 19), psiquiatra y profesor en la Escuela de Medicina de Harvard, dirigió un estudio longitudinal que se llevó a cabo con 94 hombres que se habían graduado en la Universidad de Harvard entre 1942 y 1944. El estudio, realizado mediante cuestionarios anuales y una entrevista final, proporcionó historias pormenorizadas de los ciclos vitales de una serie de hombres que estaban entre los mejores y más brillantes de Estados Unidos.

Bernice Neugarten (4, 20), psicóloga clínica de la Universidad de Chicago, y sus colaboradores estudiaron una población de adultos —de 40 a 90 años de edad—, constituida por varones y mujeres, de raza blanca, de clase media, de ámbitos no clínicos, que vivían en una ciudad típica de Estados Unidos (Kansas City, Missouri). En una primera fase transversal del estudio, se sondearon las actitudes y sentimientos de los sujetos, explorando sus estilos de vida. La segunda fase consistió en un breve estudio longitudinal (de 6 años).

Las críticas a estos trabajos destacan sus evidentes deficiencias: los resultados se derivaron principalmente de estudios de segmentos de población de clase media y media superior; los sujetos de Gould incluían a dos grupos, uno de pacientes psiquiátricos de consulta externa y otro constituido por adultos de clase media; los sujetos de Levinson incluían únicamente a 10 obreros, los 30 restantes eran profesionales; los sujetos de Vaillant eran 94 hombres, todos los cuales se habían graduado en la Universidad de Harvard; casi toda la información de la investigación de Neugarten se obtuvo en la fase transversal del estudio. De los cuatro estudios, sólo los de Gould y Neugarten incluyeron a mujeres; las poblaciones de Levinson y Vaillant eran completamente masculinas.

En definitiva, el claro sesgo de las poblaciones estudiadas hace que los hallazgos sólo puedan apli-

carse a cierto tipo de adultos. Por ello, sigue siendo necesario que se realicen estudios longitudinales con adultos de diversos grupos socioeconómicos, culturales y étnicos, que arrojen luz sobre los cambios y los retos que estos afrontan en su paso por las diversas fases del ciclo vital (21).

Interés actual del constructo "tareas del desarrollo"

A pesar de las críticas que se le han hecho al constructo, desde el punto de vista clínico es innegable el interés y la utilidad que supondría tener un conocimiento científico –y no sólo heurístico– de lo que se espera del individuo en la edad adulta.

Los hallazgos indican que ser adulto conlleva realizar con éxito una serie de tareas –trabajos que deben hacerse en determinado tiempo– propias de dicha época del desarrollo (22, 8), y que la vida se vive con mayor plenitud y satisfacción cuando el sujeto se compromete y lucha con los temas principales de cada una de las sucesivas fases del desarrollo y los domina antes de pasar al siguiente conjunto de desafíos (19, 10).

El conocimiento de las tareas que deben ser cumplidas y de la edad en que deben serlo, puede ser una gran ayuda para cualquier persona y muy especialmente para aquellas que se dedican profesionalmente a "conducir" –educar, asesorar o tratar– a otros (23, 13, 5). El constructo facilita la tarea de orientar y preparar las futuras metas, de aportar las experiencias más oportunas para ello; de interpretar y configurar los acontecimientos presentes en el contexto de lo deseable para el periodo concreto que atraviesa el sujeto; de comprender los efectos de las experiencias pasadas sobre el psiquismo en desarrollo, etc. (6)

Por otra parte, al revisar el tema hemos encontrado que la bibliografía científica sobre tareas del desarrollo en la edad adulta durante los últimos años, es relativamente escasa, y que el constructo "tareas del desarrollo adulto" permanece a un nivel más bien descriptivo teórico sin la suficiente sistematización operativa que facilite tanto su validación empírica como su utilización psicoterápica.

Por todo ello, nos planteamos este estudio con el objetivo de sistematizar el constructo y delimitar, clasificar y describir las tareas básicas del desarrollo en la edad adulta.

2. Material y métodos

En primer lugar, se realizó un listado exhaustivo de todas las tareas del desarrollo de la edad adulta

TABLA I

Autores más representativos de las tareas de la edad adulta

1. Erikson EH.....	(3, 24, 25, 7)
2. Havighurst RJ.....	(26, 27, 28, 9)
3. Neugarten BL.....	(4, 29 30, 31, 11)
4. Remplein H.....	(2)
5. Gould RL.....	(14, 15, 32)
6. Levinson DJ.....	(33, 34, 16, 35, 17, 5)
7. Vaillant GE.....	(18, 19, 36)
8. Colarusso CA.....	(37, 38, 39, 8)
9. Rice FP.....	(40, 41, 22)

recogidas por los autores más representativos del tema (Tabla I) y por las aportaciones bibliográficas de los últimos veinte años, obtenidas de las bases de datos Medline y PsycINFO, mediante las palabras clave "tareas del desarrollo", "edad adulta" y "ciclo vital".

En segundo lugar, se seleccionaron y organizaron las tareas propuestas de acuerdo con los criterios de inclusión establecidos previamente mediante la elaboración de una definición comprensiva y operativa del constructo (Tabla II).

En tercer lugar, las tareas seleccionadas se distribuyeron según su ámbito psicosocial (intrapsíquico, familiar, laboral y social) de manifestación; y según el periodo óptimo (edad adulta temprana, media y tardía) (2) en que cada tarea tiende a presentarse.

Por periodo óptimo, sensitivo o crítico, entendemos el espacio de tiempo, en el desarrollo humano, en el que ciertos aprendizajes (hablar, leer, escribir, etc.) se realizan con mayor facilidad. Aunque el concepto procede de la psicología animal (espacio de tiempo en el periodo evolutivo de una especie, en el que los individuos se hallan especialmente dispuestos para ciertos aprendizajes) también se puede aplicar con una interpretación flexible, al ser humano.

En este sentido, las tareas de la edad adulta, como cualquier otro tipo relevante de aprendizaje, tienen su periodo crítico. En los animales, estos periodos críticos se limitan a intervalos temporales precisos, fuera de los cuales es dificultoso el aprendizaje (y en ciertos casos imposible). En el ser humano, aunque los periodos críticos son menos restrictivos y en absoluto vinculantes, ocurre, sin embargo, que fuera de ellos, el aprendizaje requiere mayor coste (tiempo, recursos, repeticiones) y el nivel de competencia alcanzado suele ser menor que el que se hubiera logrado en su tiempo óptimo. Por esto en el hombre es más apropiado hablar de periodo óptimo.

Para la división de la edad adulta en periodos

TABLA II

Criterios de selección de las tareas del desarrollo de la edad adulta

Definición comprensiva de tarea: cambios psicosociales que cualquier persona tiene que realizar durante la edad adulta –resultado de la actualización madurativa de disposiciones intrapsíquicas y del aprendizaje promovido por las demandas normativas del ambiente– para afrontar adecuadamente las exigencias psicosociales de dicha edad y alcanzar un pleno desarrollo psíquico.

Definición operativa de tarea

1. *Cambio psicosocial*, resultado de
2. *Disposición* (posibilidad, forma-raíz)
3. *Específica* (universal –común a todos los seres particulares de una misma especie– y que tiende a actualizarse por maduración, independientemente del medio)
4. *Inestable* (precisa de influencias ambientales propicias [aprendizaje] para su pleno desarrollo: aprendizaje promovido por la demandas normativas del ambiente)
5. *De emergencia o consolidación preferente en una determinada época* de la vida adulta (periodo crítico, sensitivo u óptimo)
6. *Significativa para un desarrollo psíquico pleno*
7. *y/o llave para otra serie de tareas* que proporcionan al individuo su completa y definitiva adaptación a la vida
8. *Que se manifiesta en una o más de las dimensiones psicosociales* del individuo (intrapsíquica, familiar, social y laboral)
9. *En forma de actitudes, comportamientos y rendimientos*

TABLA III

Tareas del desarrollo en la edad adulta según edades, ámbitos de manifestación y autores que las proponen

1. *Edad adulta temprana* (20-21 a 30-32 años)

- 1.1 *Orientación:* Realizar la “síntesis realismo-idealismo” (4)
- 1.2 *Familiar:* Realizar la “tercera individuación” (8)
- 1.3 *Social:* Establecer relaciones de intimidad (1, 7, 8, 9)
- 1.4 *Laboral:* Establecer una identidad laboral adulta (2, 7, 8, 9)

2. *Edad adulta media* (30-32 a 42-44 años)

- 2.1 *Orientación:* Realizar la “determinación específica y definitiva” (4, 6, 9)
- 2.2 *Familiar:* Desarrollar una relación de apoyo mutuo e igualdad con los padres (8)
- 2.3 *Social:* Desarrollar actitudes de paternidad (1, 2, 7, 8, 9)
- 2.4 *Laboral:* Desarrollar generatividad (1, 2, 3, 4, 7, 9)

3. *Edad adulta tardía* (42-44 a 56-58)

- 3.1 *Orientación:* Aceptar el envejecimiento corporal y la limitación del tiempo (2, 3, 4, 5, 8, 9)
- 3.2 *Familiar:* Dejar partir a los hijos y aceptar la inversión de roles con los padres (2, 8, 9)
- 3.3 *Social:* Mantener la intimidad y revitalizar las relaciones establecidas (4, 8, 9)
- 3.4 *Laboral:* Permitir y apoyar el relevo generacional sociolaboral (1, 8)

Los números indican el autor que incluye dicha tarea

- | | | |
|------------------|----------------|-----------------|
| 1. Erikson EH | 4. Remplein H | 7. Vaillant GE |
| 2. Havighurst RJ | 5. Gould RL | 8. Colarusso CA |
| 3. Neugarten BL | 6. Levinson DJ | 9. Rice FP |

óptimos hemos seguido el modelo de desarrollo de Remplein (2). Para adjudicar una tarea a uno u otro periodo hemos tenido en cuenta el criterio de la mayoría de los autores que la proponen, y en caso de duda la hemos situado en el subperiodo de edad que, por su estructura global, mejor se corresponde con la función adaptativa de la tarea.

Finalmente, para describir las tareas hemos utilizado, prácticamente, las formulaciones de los propios autores, complementadas –para su mejor comprensión– por las características más básicas de las fases de la edad adulta de Remplein.

3. Resultados

Las tareas básicas del desarrollo adulto (Tabla III) se enmarcan en el importante cambio de estructura que sufre el psiquismo durante esta edad.

Al final de la adolescencia el sentimiento disminuye en intensidad frente al pensar y al querer; los sentimientos de la vitalidad y del propio ser individual pierden su vigor ante los sentimientos transitivos; y el máximo rendimiento de la inteligencia, que al comienzo de la edad adulta se da en las operaciones lógico-formales, pasa después al terreno de la experiencia, de la crítica y de la independencia de criterio (2).

Estos cambios de estructura constituyen la condición indispensable para ir consiguiendo la madurez de la personalidad que se espera del hombre conforme avanza en edad y que, trascendiendo el mero desarrollo biológico, exige el esfuerzo y la autoeducación como tarea que no termina nunca. Así mismo, este cambio de estructura da lugar al fenómeno paradójico de que la curva fisiológica del envejecimiento no coincide con la curva psicológica de la maduración: dicho cambio de estructura “compensa” la tendencia biológica hacia la decadencia que se hace sentir ya después de los 30 años, y permite, gracias a ello, que pese al descenso corporal, se siga produciendo una elevación psicológica (2).

3.1 Tareas del desarrollo en la edad adulta temprana (20-21 a 30-32 años)

El adulto joven ha alcanzado la plena madurez corporal y se halla en plena posesión de sus funciones psíquicas. Desde un punto de vista psicosocial, la edad adulta joven se caracteriza por la separación real e intrapsíquica de la familia de origen y el compromiso con nuevas tareas específicas. El sujeto termina por resolver la dependencia infantojuvenil, establece la confianza en sí mismo y comienza

a formular nuevos objetivos adultos que inducen nuevas estructuras destinadas a promover la estabilidad y la continuidad.

Síntesis realismo-idealismo

En primer lugar, los adultos jóvenes aspiran a dar a la vida un sentido más profundo y a llenarla con un valor. Para ello se hace indispensable un cambio de actitud: una síntesis de realismo e idealismo, que la mayoría de las voces sólo se consigue, en la edad adulta media. Esta síntesis es la que permite, por un lado estar convencidos de la validez de las grandes ideas sin el radicalismo de los años juveniles (como es típico del doctrinario, del fanático y del “eterno revolucionario”) y por otro lado, no capitular ante la realidad ni sobreestimar el resultado práctico (como sería el caso de los utilitaristas y materialistas) (2).

Tercera individuación

En segundo lugar, la “tercera individuación” o separación psicológica definitiva de los padres que se produce en esta primera edad adulta supone la culminación del proceso de separación-individuación que se inicia en la infancia con la primera individuación (con ella se establece la sensación de estabilidad y capacidad para relacionarse con otros) y se continúa con la segunda individuación, o separación psicológica de los padres en la adolescencia. Con esta tercera individuación se induce una nueva definición interna de sí mismo como sujeto competente y en soledad confortable, capaz de cuidarse real e intrapsíquicamente, y se inaugura el desplazamiento gradual de sus expectativas, desde la familia de origen a la familia de procreación.

Relaciones de intimidad

Otra tarea propia de esta edad es la de establecer relaciones de intimidad. Se trata de la capacidad para formar lazos emocionales estrechos –identidad compartida– sin temer la pérdida de la propia identidad; de desarrollar relaciones de amistad, de cooperación con los demás; de comprometerse en empresas comunes y afiliarse a grupos concretos.

Conlleva la habilidad para compartir confianza mutua, para sacrificarse y comprometerse por estar con el otro, para ser tolerante y aceptar las diferencias percibidas en los demás. En definitiva supone la capacidad de conferir a las necesidades y preo-

cupaciones de los otros la misma importancia que a las propias.

Identidad laboral

Finalmente, en el ámbito laboral, el adulto joven se enfrenta con la tarea de establecer una identidad laboral adulta. La transición desde el aprendizaje y el juego al campo laboral puede ser gradual o abrupta, pero en algún momento del segundo decenio de la vida, el trabajo se convierte en una actividad central para la estabilidad y progresión intrapsíquica. Sentirse productivo y competente es parte importante del autoconcepto y de la identidad psicosocial.

3.2 Tareas del desarrollo en la edad adulta media (30-32 a 42-44 años)

La edad adulta media constituye el núcleo de la vida y debería representar la edad del adulto maduro. En ella se llega a una estabilización de todo lo que hasta ahora se encontraba en agitación. La actitud frente a la vida se hace más seria y reflexiva. Desde el punto cumbre de su vida, el hombre mira no sólo hacia adelante, sino también hacia atrás, adoptando una *"nueva actitud con respecto al tiempo: éste se valora ahora más y se aprovecha con más intensidad para sentir la vida lo más posible y para llevarla al pleno éxito. El adulto aún joven creía tener ante sí un tiempo ilimitado (...), el adulto maduro, en cambio se da cuenta de que dispone para la realización de sus planes, tan sólo de un tiempo limitado, y por eso lo economiza."* (Remplein, 1968; p 668).

Determinación específica y definitiva

Sin duda influenciado por todo lo anterior, el individuo tiene que realizar en esta edad la tarea de determinarse específica y definitivamente en los aspectos fundamentales de su vida. Los adultos jóvenes realizan elecciones y compromisos antes de tener experiencia para evaluarlos, y desde el final de los veinte años hasta el comienzo de los treinta una persona puede descubrir nuevos deseos, anhelos, tendencias, y talentos. Superado el periodo de determinación inespecífica y provisional –de la época del experimentar (2)– de la edad anterior, el hombre siente la necesidad de tomarse la vida más en serio, de ser más auténtico. Por ello tiende a examinar sus elecciones previas y a preguntarse si la vida que lleva es la que quiere realmente.

En parte por procesos inconscientes de estabili-

zación, y en parte por la limitación consciente, la persona renuncia a una serie de posibilidades en favor de unas pocas que se agotan hasta el máximo, y tiende a sujetarse y circunscribirse a una determinada dirección y a decidirse definitivamente por una meta determinada (estado, profesión, puesto de trabajo, etc.). Mediante la reafirmación de los compromisos y/o la modificación o adaptación en determinadas áreas, la persona adquiere una nueva sensación de sí mismo y una valoración más realista de las propias facultades.

Igualmente, *"la edad adulta media implica la decisión sobre la orientación valorativa. Puesto que ahora se produce la fijación de la estructura psíquica, se fija también la actitud con respecto a las distintas esferas de valores. Gracias a esto, el carácter adquiere su acuñamiento definitivo, y no simplemente por medio de procesos espontáneos de valoración, sino también por medio de un activo analizarse y decidirse. Con esto se alcanza también ahora, tras haber pasado la época de búsqueda y de prueba, la madurez del carácter"* (Remplein, 1968; p 669).

Relación de apoyo e igualdad con los padres

En segundo lugar, el adulto medio tiene que establecer una relación de apoyo mutuo e igualdad con los padres. El matrimonio y la paternidad facilitan esta tarea. La paternidad profundiza la individuación con la familia de origen, y los nuevos padres, al asumir los papeles que eran prerrogativa de sus progenitores, se equiparan con ellos. Es decir, en la medida que el adulto joven contrae matrimonio, es padre, trabaja, forma amistades adultas y se convierte en miembro de la comunidad, se completa la tercera individuación, transformándose la relación intrapsíquica de dependencia en otra de apoyo mutuo e igualdad.

Actitudes de paternidad

En tercer lugar, y ya en el ámbito social, se deben desarrollar actitudes de paternidad. La capacidad de intimidad se completa y concreta al elegir y amar activamente a otra persona con la que compartir la identidad exclusiva de padres. La paternidad, biopsicológica –o en su caso, simplemente psicológica– conlleva actitudes de vinculación y compromiso progresivo con los "hijos", que inducen cambios intrapsíquicos profundos. *"Ambos sexos debieran haber alcanzado la madurez social, siendo aptos para un amor profundo y totalizador, así como para guardarse mutua fidelidad y para asumir la res-*

ponsabilidad de una familia. Además, están capacitados para acoger con tolerancia y comprensión la distinta manera de ser y la distinta orientación valorativa de su cónyuge", de los hijos y, en general de todas las demás personas. "Esto será tanto más fácil cuanto más se haya realizado la citada síntesis de idealismo y realismo." (Remplein, 1968; p 669).

Generatividad

Finalmente, el adulto medio tiene que desarrollar, especialmente en el ámbito laboral (pero también en cualquier otro), el compromiso fundamental de esta edad, que Erikson (7) resume como "generatividad" (generación de nuevos productos, nuevas ideas, nuevos seres –incluida la autoregeneración–). La generatividad incluye tanto el interés altruista por la productividad como la creatividad, que facultan para convertirse en mentor y modelo de la siguiente generación, actuando como transmisor de los valores ideales.

El adulto de edad media se encuentra a caballo entre dos generaciones a las que ha de proporcionar "apoyos" y "sustentaciones" de todo tipo (42). Para ello cuenta con una actitud que a esta edad es predominantemente extrovertida, es decir se encuentra vuelto hacia el mundo exterior. "... el hombre se siente poseído por el afán de producción y por los intereses objetivos...". Quiere ser eficaz y tener éxito (...) lo que le falta de fuerza de voluntad juvenil lo suple con una mayor concentración de la misma: constancia, perseverancia, resistencia y fortaleza. La clara determinación de los fines a que aspira, junto con la seguridad, experiencia y rutina que ha adquirido, lo capacita para el máximo rendimiento profesional, hasta tal punto que puede hablarse del estadio de la madurez profesional." (Remplein, 1968; p 668).

El desarrollo de creatividad –el aportar un algo nuevo en alguno de los campos de la existencia– proporciona al trabajo y al resto de las tareas de esta edad alicientes de disfrute, satisfacción de las necesidades de sabiduría y originalidad y sentimientos de plenitud y progreso personal. Por otra parte, la creatividad favorece también la flexibilidad y el desempeño equilibrado de la multiplicidad de papeles y actividades –autocuidado personal; tareas familiares; laborales; sociocomunitarias, de ocio, etc.–, que en esta época recaen sobre el individuo. La falta de creatividad en esta época suele dar lugar a desequilibrios, generalmente provocadores de conflictos en alguno de los papeles o campos de actuación, o a cumplimientos rutinarios que predisponen al empobrecimiento personal y al estanca-

miento, con reducción de intereses y experiencias.

3.3 Tareas del desarrollo en la edad adulta tardía (42-44 a 56-58 años)

La edad adulta tardía, también llamada edad involutiva, es una época de decadencia biológica y fuertes conmociones psíquicas. De los 45 a los 50 años se presenta una notoria disposición a las llamadas crisis de inflexión de la vida. Al descender la curva de la vida cambia también la vivencia del tiempo. La vivencia de que el tiempo transcurre cada vez más aprisa se hace más intensa que hasta ahora y se mira mucho más al pasado (2).

Los visibles cambios que se producen en el aspecto exterior de la persona tienden a provocar sentimientos de inferioridad. En la profesión, disminuye el impulso de trabajo y el rendimiento, a la vez que aumenta la fatiga.

Como reacción ante esta vivencia de decadencia de la vida, el fenómeno llamado "pánico a llegar tarde" (recuperar el tiempo perdido, las metas no alcanzadas, las experiencias no vividas... antes de que sea demasiado tarde) puede dar lugar, al final de este quinto decenio de la vida, a crisis profesionales, familiares, matrimoniales y existenciales (2).

Todo ello hace que, vista en conjunto, la edad adulta tardía suponga una gran prueba de confirmación de la personalidad.

Acceptar el envejecimiento corporal y la limitación del tiempo

La conciencia universal del envejecimiento, los visibles cambios que se producen en el aspecto exterior de la persona, y la mayor incidencia de enfermedades importantes, convierten a las ideas y sentimientos sobre la decadencia de la vida en un tema relevante y a la necesidad de aceptación gradual de esa realidad en un proceso necesario para un funcionamiento sano.

El proceso de envejecimiento corporal, la muerte de los padres y de los contemporáneos, el crecimiento de los hijos, etc., enfrentan cara a cara con la realidad inevitable de la limitación del futuro y de la muerte personal. La persona tiene que adquirir la fuerza suficiente para poder superar las cargas físicas y enfrentarse serenamente con la muerte. Mediante un cambio de actitud, a través de una introversión consciente, se renuncia a la satisfacción en lo vital para acceder a la madurez en lo espiritual (2).

"Mientras que hasta este momento se ha vivido vertido hacia fuera y se ha aspirado a la posesión,

al prestigio y al poder, ahora se vuelve hacia dentro y se preocupa de los valores personales y formativos. Así se produce un apaciguamiento interior y una afirmación de sí mismo, potenciándose las energías vitales aún existentes para poder llevar a cabo las tareas de la vida." (Remplein, 1968; p 674).

De este modo, después que el hombre se ha encontrado de nuevo a sí mismo en una introversión temporal, se produce, en un plano superior, una nueva extroversión, una vuelta a la sociedad y al mundo de las cosas. Por una parte, la aceptación de la limitación del tiempo personal mejora la calidad de vida ya que induce a apreciar el valor de las relaciones importantes, a evaluar los objetivos y a reordenar las prioridades; por otra, la aceptación de que la propia muerte es inevitable actúa como un poderoso organizador psíquico que precipita el reexamen de todos los aspectos del pasado y del presente y la reevaluación de la manera en la que se empleará el tiempo restante.

Dejar partir a los hijos y aceptar la inversión de roles con los padres

En el ámbito familiar, el adulto de esta edad afronta el reto de los nuevos compromisos y necesidades del resto de los miembros del grupo. La tarea se podría resumir en cuatro temas: "dejar partir" a los hijos, alcanzar una relación de igualdad con ellos, integrar nuevos miembros en la familia y aceptar la inversión de roles con los padres ancianos.

La conciencia de declinación física y las limitaciones del tiempo se corresponden con la pérdida inevitable del control sobre los hijos adolescentes y adultos jóvenes. Los progenitores sanos no sólo aceptan el deseo de independencia y autonomía de sus hijos sino que estimulan los cambios en esa dirección.

El desplazamiento del equilibrio de poder entre padres e hijos es gradual y prolongado y se produce a medida que ambos se comprometen con sus tareas del desarrollo. Las relaciones y capacidades adultas del adulto joven maduro que vive fuera del hogar paterno, autosuficiente y con compromisos emocionales importantes con otros, favorecen la relación de igualdad entre padres e hijos.

La tensión universal entre los recién casados y sus familiares debe resolverse mediante la aceptación de la nueva pareja y el intento de cultivar la amistad de quien puede añadir una nueva dimensión a su vida, pero que también tendrá cierto grado de control sobre su relación con su hijo y nietos.

Finalmente, el cuidado de los padres ancianos

supone una difícil tarea en la edad adulta tardía. Además de los problemas económicos y de control que conlleva, obliga a reelaborar temas de la niñez, centra la atención en las limitaciones del tiempo y en la muerte personal, y anticipa la inevitable inversión de papeles con los propios hijos.

Mantener la intimidad y revitalizar las relaciones establecidas

Mantener la intimidad pese a las interferencias físicas, intrapsíquicas y ambientales, y revitalizar las relaciones matrimoniales y los compromisos adquiridos durante las etapas anteriores es otra de las tareas importantes en esta edad.

La intimidad puede verse amenazada por las preocupaciones, por el retraimiento emocional debido al compromiso con otras tareas —obligaciones laborales, cuidado de los hijos o de los padres ancianos, etc. La intimidad sexual continúa cuando se acepta el aspecto físico de la pareja y los cambios normativos del funcionamiento sexual, que se compensan con los sentimientos de amor y ternura generados por los años de convivencia.

Las relaciones de amistad también deben ser fomentadas y revitalizadas activamente, en esta época en que el cansancio y la pérdida de interés por lo establecido, pueden terminar por aislar al individuo de los normales y necesarios apoyos sociales.

En definitiva, hay que aceptar que la experiencia de monotonía a esta edad es provocada, en gran parte, por la pérdida del propio impulso vital, y que el estímulo de novedad que supondría el cambio, sólo la disiparía pasajeramente, y, por supuesto, sin que con ello se recuperara la vitalidad de la juventud.

Permitir y apoyar el relevo generacional sociolaboral

La mitad de la vida es una época de logros y ejercicio de poder, resultado de los esfuerzos de las edades anteriores para dominar aptitudes y adquirir experiencia. Pero también el desplazamiento inevitable producido por la nueva generación conforma el núcleo de la experiencia en esta edad.

El "conflicto" entre transmitir poder y conocimientos a la siguiente generación y el reconocimiento de que con ello se acelera el propio desplazamiento, se resuelve mediante la sublimación y el sentido de generatividad que permite y apoya el relevo generacional y el acceso a puestos de responsabilidad de las siguientes generaciones.

La preocupación "parental" por los demás —que

implica el esfuerzo por fomentar el bienestar de los más jóvenes— y la creatividad —que incluye el desarrollo de actitudes y relaciones de orientación—, favorecen la tarea fundamental de la generación dominante: educar a los adultos noveles y fomentar el desarrollo y la carrera de la generación que empieza, para que en su momento esté preparada para la sucesión.

4. Discusión

Tal vez, la primera cuestión que podría plantearse a este trabajo sea la importancia actual del tema estudiado. Como sugieren Whitbourne y colaboradores (21), la relativa escasez de publicaciones durante la década de los 90, sobre los cambios y retos que los adultos afrontan durante su paso por las diversas fases del ciclo vital, podría hacer pensar que el tema o no interesa o está ya superado.

Desde nuestro punto de vista esto no es cierto. Tal vez las dificultades de un constructo sin la suficiente sistematización operativa y sin una validación empírica (para la que serían necesarios complicados estudios longitudinales), haya desanimado a los investigadores; pero, como afirma Clemente (23), *“el estudio y la caracterización de la evidente diferenciación cognitiva, emocional y actitudinal que se da a lo largo de la vida adulta tiene sin duda una proyección sobre el desarrollo psicológico humano y constituye la base para una adecuada intervención preventiva o de mejora del desarrollo del adulto.”* (Clemente, 1996; p 25).

Por otra parte, las publicaciones más recientes se limitan a recopilar y comentar las tareas ya expuestas por los autores de los años sesenta y setenta, sin realizar ninguna propuesta de definición operativa de las mismas. En este sentido, se podrá discutir el mayor o menor acierto de la nuestra pero no su capacidad para delimitar y formular las tareas a un mismo nivel de categorización psicológica y con un grado de generalización psicológica y sociocultural suficiente como para ser aplicable a cualquier individuo de cualquier cultura.

Por supuesto que nuestra aportación no añade nada al carácter exclusivamente heurístico del constructo —tampoco era esa nuestra intención— pero la distribución organizada de las tareas por los subperiodos de la edad adulta, y la especificación del ámbito social al que pertenecen aquellas, proporciona al constructo operatividad, para el caso de una futura validación empírica, y efectividad a la hora de cualquier intervención psicológica.

ca. Así, facilita la conciliación de intereses y valores de terapeuta y paciente, de las diferentes escuelas (que suelen acentuar aspectos diferentes como objetivos del cambio), y de los diversos valores vividos en contextos subculturales o sociales diferentes.

Finalmente, a la hora de organizar la edad adulta en etapas nos hemos decidido por seguir el modelo de desarrollo de Remplein (2). Por su perspectiva fenomenológica —y por lo tanto esencializadora de los fenómenos— nos parece el más acertado y útil en la práctica, tanto para la descripción global y comprensiva de las características biopsico-sociales de la adultez, como para la división de la edad adulta en periodos o fases con características propias, entre ellas las de determinadas tareas.

Otros muchos intentos sistemáticos de dividir el periodo de la madurez en subperiodos o fases —como el del esquema evolutivo de Erikson y los de la mayoría de sus seguidores—, por más que reconozcan los efectos de las influencias sociales y culturales sobre el desarrollo de los procesos mentales y la importancia del conflicto normativo para la progresión del desarrollo, no dejan de ser, como afirman Zacarés y Serra (13), elaboraciones y extensiones de los periodos psicosexuales freudianos —delimitados por la activación biológico-maduracional de un nuevo órgano o locus de placer—, faltas de consistencia teórica.

La síntesis de Remplein, por el contrario, aunque tiene en cuenta los fundamentos anatómico-fisiológicos más importantes del desarrollo psíquico, se atiene al principio de que lo psíquico no depende exclusivamente de procesos corporales, sino que también se halla sometido a leyes propias, y, por tanto, no debe explicarse sólo causalmente. Por otra parte tiene también en cuenta que el desarrollo psíquico no es un proceso exclusivamente madurativo como el crecimiento del cuerpo, sino un proceso sometido a la influencia del aprendizaje, cuya meta —la personalidad plenamente desarrollada— se consigue mediante una ardua tarea educativa.

De todo lo anteriormente expuesto, se puede llegar a las siguientes conclusiones:

1. Las tareas seleccionadas expresan fenómenos universales enunciados a un mismo nivel de abstracción, libres de connotaciones valorativas y conceptualizaciones de escuela.
2. La distribución de las tareas seleccionadas por las tres edades o momentos óptimos es más coherente que la postulada por los autores revisados.
3. La continuidad de las tareas, según ámbitos de

manifestación, a lo largo de las tres subedades responde mejor a las características progresivas del proceso del desarrollo psicosocial y facilita su comprensión.

4. Con los criterios utilizados para la selección de las tareas, se evita el posible sesgo cultural de las subedades de presentación, ya que para la aplicación del sistema a otras culturas o subculturas con diferentes periodos óptimos, bastaría con ajustar estos a las edades correspondientes.
5. En definitiva, los resultados muestran una red de tareas, transversalmente (según los ámbitos) complementarias y longitudinalmente (según las subedades) progresivas, que mejora, sin duda, la capacidad heurística y operativa del constructo para ser utilizado como guía y marco de la psicoterapia del adulto.
6. Aunque el constructo ha sido depurado y dotado de operatividad, continúa siendo necesaria una confirmación empírica de su validez y fiabilidad, para lograr una mayor garantía de eficacia tanto en la práctica clínica, como en la labor de investigación.

Correspondencia:
Dr. R. Zapata García
Dpto. de Psiquiatría y Psicología Médica
Clínica Universitaria
Universidad de Navarra
Avda. Pío XII, s/n
E-31080 Pamplona
E-mail: rzapata@unav.es

Bibliografía

1. Butler RN. *Psiquiatría y psicología de la madurez*. En: Kaplan HI, Sadock BJ, dirs. *Tratado de Psiquiatría*, 2ª ed. Tomo II. Barcelona: Masson, 1989; 1939-1948.
2. Rempelin H. *Die seelische Entwicklung des Menschen in Kindes- und Jugendalter*. Munich: Ernst Reinhardt Verlag, 1966 (*Tratado de Psicología Evolutiva*, 2ª ed. Barcelona: Labor, 1968).
3. Erikson. *Childhood and Society*. New York: Norton, 1950 (*Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Paidós, 1959).
4. Neugarten BL, Berkowitz H, Crotty WJ, Gruen W, Gutmann DL, Lubin MI, Miller DL, Peck RF, Rosen JL, Shukon A, Tobin SS. *Personality in Middle and Late Life*. New York: Atherton, 1964.
5. Levinson DJ, Gooden WE. *El ciclo vital*. En: Kaplan HI, Sadock BJ, dirs. *Tratado de Psiquiatría*, 2ª ed. Tomo I. Barcelona: Masson-Salvat, 1989; 1-13.
6. Blanco A. *Factores psicosociales de la vida adulta*. En: Carretero M, Palacios J, Marchesi A, comps. *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza Editorial, 1991; 201-233.
7. Erikson EH. *El ciclo vital completado*. Buenos Aires: Paidós, 1985 (Barcelona: Paidós, 2000).
8. Colarusso CA. *Edad adulta*. En: Kaplan HI, Sadock BJ, dirs. *Tratado de Psiquiatría*, 6ª ed. Vol. 4. Buenos Aires: Intermédica, 1997; 2429-2440.
9. Havighurst RJ. *Developmental tasks and education*, 3ª ed. New York: David McKay, 1972.
10. Greene AL, Wheatley SM, Aldava JF. *Stages on life's way. Adolescents implicit theories of the life course*. *J Adolesc Res* 1992; 7:364-381.
11. Neugarten BL, Neugarten DA. *The changing meanings of age*. *Psychol Today* 1987; 21:29-33.
12. Serra E, González Sánchez A, Oller A. *Desarrollo adulto. Sucesos evolutivos a lo largo de la vida*. Valencia: Grupo Editor Universitario, 1989.
13. Zacarés JJ, Serra E. *La madurez personal: Perspectivas desde la psicología*. Madrid: Pirámide, 1998.
14. Gould RL. *The phases of adult life: A study in developmental psychology*. *Am J Psychiatry* 1972; 129 (5): 521-531.
15. Gould RL. *Transformations: Growth and change in adult life*. Nueva York: Simon and Schuster, 1978.
16. Levinson DJ, Darrow CN, Klein EB, Levinson MH, Mckee E. *The Seasons of a man's life*. New York: Ballantine Books, 1978.
17. Levinson DJ. *A conception of adult development*. *Am Psychol* 1986; 41(1):3-13.
18. Vaillant GE. *Adaptation to Life*. Boston, MA: Little, Brown and Co., 1977a.
19. Vaillant GE. *The climb to maturity: how the best and brightest come of age*. *Psychol Today* 1977b; 11:34-41.

20. Neugarten BL, Moore JW, Lowe JC. Age norms, age constraints, and adult socialization. *Am J Sociol* 1965; 70:710-717.
21. Whitbourne SK, Zuschlag MK, Elliot LB, Waterman AS. Psychosocial development in adulthood: A 22-year old sequential study. *J Pers Soc Psychol* 1992; 63:260-271.
22. Rice FP. *Desarrollo humano*, 2ª ed. México: Prentice-Hall Hispanoamérica, 1997.
23. Clemente A. *Psicología del desarrollo adulto*. Madrid: Narcea, 1996.
24. Erikson EH. *Identity Youth and crisis*. New York: Norton, 1968 (*Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Taurus, 1980).
25. Erikson EH. *La adultez*. México: Fondo de cultura económico, 1981.
26. Havighurst RJ. Personality and patterns of aging. *Gerontologist* 1968; 8(1):20-23.
27. Havighurst RJ. A social-psychological perspective on aging. *Gerontologist* 1968; 8(2):67-71.
28. Havighurst RJ. History of developmental psychology: Socialization and personality development through the life-span. En Baltes PB, Schaie KW, eds. *Life-span developmental psychology. Personality and socialization*. Nueva York: Academic Press, 1973; 3-24.
29. Neugarten BL (Ed.). *Middle age and aging: A reader in social Psychology*. Chicago, IL: University of Chicago Press, 1968.
30. Neugarten BL. Personality changes in later life: A developmental perspective. En: Eisdorfer C, Lawton MP, eds. *The psychology of adult development and aging*. Washington DC: APA, 1973.
31. Neugarten BL. Time, Age, and the Life Cycle. *Am J Psychiatry* 1979; 136(7):887-894.
32. Gould RL. Transformational tasks in adulthood. En: Pollock G, Greenspan S, eds. *The Course of Life, vol VI, Late Adulthood*. Madison: International Universities Press, 1993; 23-35.
33. Levinson DJ, Darrow CN, Klein EB et al. Periods in the adult development of men: Ages 18 to 45. *Couns Psychol* 1976; 6:21-25.
34. Levinson DJ. The midlife transition: A period in adult psychosocial development. *Psychiatry* 1977; 40, 99-112.
35. Levinson DJ. Hacia una concepción del curso de la vida adulta. En: Smelser NJ, Erikson EH, eds. *Trabajo y amor en la edad adulta*. Barcelona: Grijalbo, 1982.
36. Vaillant Ge, Koury SH. Late midlife development. En: Pollock G, Greenspan S, eds. *The Course of life, vol VI, Late Adulthood*. Madison WI: International Universities Press, 1993; 1-12.
37. Colarusso CA, Nemiroff RA. *Adult Development: A New Dimension in Psychodynamic Theory and practice*. New York: Plenum, 1981.
38. Colarusso CA, Nemiroff RA. The father in midlife: Crisis and growth of paternal identity. En: Cath S, Gurwitt A, Ross JM, eds. *Father and Child*. Boston: Little Brown, 1982; 315-324.
39. Colarusso CA. The third individuation: The effect of biological parenthood on separation-individuation processes in adulthood. *Psychoanal Study Child* 1990; 45:170-179.
40. Rice FP. *Intimate relationships, marriages and families*, 2ª ed. Mountain View, CA: Mayfield, 1983.
41. Rice FP. *Adult development and aging*. Boston: Allyn and Bacon, 1986.
42. Ryff CD, Heincke SG. Subjective organization of personality in adulthood and aging. *J Pers Soc Psychol* 1983; 44(4):807-816.